

Derrotas

Sumario

Nostargos.....	2
Danza Fantasma.....	4
Sueños en vía muerta.....	9
Renunciamos a todo, menos a la victoria.....	12
Al fondo, contra la pared.....	16
La pluma blanca.....	21

Nostargos

El mendigo salió al patio con una canasta de comida y una jarra de vino entre las manos. Era el rescate que había cobrado a los comensales para librarles de su presencia en el banquete. Eso, más alguna palabra gruesa y algún golpe en las costillas.

Al olor de la carne, un perro salió de la noche y se acercó precavido al hombre. Estaba acostumbrado a las patadas. El mendigo apreció de un vistazo al nuevo convidado: el tamaño de sus mandíbulas; la torpeza de sus patas que le daban ya la dignidad del derrotado inapelable; las orejas desgarradas, los cuartos traseros llenos de mataduras, como quien ha disputado hasta el final por todas las hembras y por todos los bocados; las ronchas vergonzosas de la vejez en los codillos y en el costillar. Finalmente, la calva en torno de su cuello daba noticia de los muchos años de servicio a un amo y de su abandono actual.

— ¡Vaya! —dijo el hombre— Siempre hay alguien más necesitado que uno. Tú, seguramente, has sido un perro intrépido y veloz en la carrera. Habrás acosado al jabalí en la profundidad del bosque y habrás perseguido cabras montaraces y alígeros ciervos por las laderas del monte. Ahora que te abruma los años, tus dueños te han abandonado. Toma, acércate.

El mendigo le tiró un currusco de pan y un hueso grande con algunos jirones de carne. Los dos se aplicaron a comer: el hombre, con la espalda contra el muro, las rodillas recogidas y la canastilla en el regazo; el perro, de pie, cuadrado sobre sus patas y humillada la cabeza, pero con los ojos vigilantes. Tentado estuvo el mendigo de arrebatarse el último mendrugo, solo para demostrarle quién era el amo. Desistió: eso era un juego para adiestrar cachorros, y ahora sólo sería un último y estéril desafío que quizás perdiera. Realmente, aquel perro tenía unas mandíbulas muy grandes y era demasiado viejo: se merecía un respeto por las dos cosas.

Cuando acabaron de comer, el perro se echó junto al vagabundo. El hombre le pasó el brazo por encima, con gesto de quien ha dormido mucho con mujeres. Con los ojos cerrados se aplicó a escuchar el canto del aedo. Sólo llegaban palabras sueltas, suficientes para completar versos que sabía de memoria y seguir el relato sobradamente conocido.

— ¿Sabes?, yo también he sido poderoso como tú. He alzado mi grito de guerra por encima del estrépito del bronce y del clamor de los que lo buscan. He asolado ciudades bien amuralladas, he pasado a cuchillo a sus habitantes con la piedad justa que demandan los dioses. He esquilado los campos de mis enemigos, y me he llevado sus mujeres y sus hijos, botín de llantos. Yo y mis compañeros hemos batido el canoso mar con nuestros remos. He visitado la tierra de los Cíclopes, los soberbios sin ley, que ni labran la tierra ni tienen ágora para el consejo. Yo cegué al más bárbaro de todos ellos, Polifemo, que come carne humana y bebe leche no mezclada. Perdí a mis compañeros, unos en los naufragios del mar, otros en la tormenta de las espadas. Subí al lecho de Circe, la hechicera de lindas trenzas, y después conocí durante siete años el amor insaciable de la ninfa Calypso, que me retuvo en su isla sin dejarme partir hasta que los dioses se lo ordenaron.

El mendigo apuró el último trago de la jarra.

— Ahora, cuando por fin he regresado a mi patria, debo esconderme de aquellos que maquinan mi muerte si supieran que he vuelto. Atenea, la diosa, me protege. Ella me ha cubierto con estos harapos que me hacen detestable a la vista. Así paso inadvertido entre los que mal me quieren. Ella ha arrugado mi piel, ha encorvado mis hombros, ha hecho desaparecer de mi cabeza los rubios cabellos, ha llenado mis ojos de legañas. Ahora repugno a todos los que banquetean ahí dentro, y ninguno me conoce.

Pero el tiempo de mi regreso está por cumplirse. Dentro de un rato, ahí dentro abrirán el surco para las hachas y las alinearán a cordel para el certamen. La diosa me avisará para que entre y vea cómo ninguno de esos jóvenes insolentes tiene fuerzas para ajustar el curvado arco. Me injuriarán como antes, querrán impedir que yo lo coja entre mis manos. Tensaré la cuerda que nadie ha sido capaz. Se me caerán los harapos, se estirará mi piel, se engrosarán mis brazos y mis muslos. Se hará el silencio y mi flecha pasará por el ojo de las segures. Luego, diré mi nombre y comenzaré la matanza.

El sol había apagado las estrellas y pintaba el cielo del color de la carne. La puerta se abrió y salió una criada con un zurrón en la mano. Con el pie, acarició las costillas a los dos, al perro y al hombre, para que despertaran.

— ¿Por qué me miras así, viejo? Ni que se te apareciera la diosa. Me reiría, si no fuera porque esta mañana tengo tanto trabajo recogiendo los restos de la fiesta que nada me hace gracia. Venga, marchaos tú y tu perro, antes de que el príncipe amanezca y se enfade por veros en su puerta. Y agradécele al ama las sobras del banquete.

El viejo tasó su botín de mendigo con un par de apretones a la bolsa. El perro venteaba los huesos, los restos de carne y morcillas. Renqueando, salieron a la calle. El viejo miró hacia arriba, hacia la torre que vigilaba el puerto. El camino era corto, empinado. Lo subieron uno al lado del otro, con la misma constancia con la que el sol se levantaba ya en el horizonte. Y allá arriba, recostados contra los muros de la atalaya al tibio sol de la mañana, soñaron con los ojos abiertos los barcos que pasaban.

Danza Fantasma

Ningún otro hombre como Buffalo Bill me había producido nunca una impresión tan clara de que uno acaba por llegar a ser lo que se cuenta de él, la farsa que representa con la complicidad del mundo. Cuando leí en los pasquines el título de Coronel, supuse que algún escritor o periodista se habría tomado la licencia de concederle ese rango militar. Que yo supiera, en los quince años transcurridos desde nuestro primer encuentro, Bufalo Bill se había dedicado por entero a su circo, quizás lo único que quedaba ya del antiguo, lejano, salvaje oeste. Pero quién era yo para poner en duda los méritos de nadie. Por eso, cuando entré a saludarlo, pregunté por el coronel Cody.

Aquellos días, en Londres, dudábamos de que existiera un sol. Usted, le dije, trae a nuestras ciudades ordenancistas y sucias de humo el aire libre de las praderas. Me agradeció el cumplido e hizo como que me recordaba.

Su atuendo era sobrio, como si se hubiera agrisado a la par que su pelo. Nada quedaba de la casaca roja de antaño, ni de los pantalones de fieltro negro bordado en rojo con campanillas de plata y adornos multicolores. Hace años, muchos años, un empresario teatral del Este había diseñado aquel atuendo fantasioso. Cody, después de vestirlo por los escenarios durante una temporada completa, lo hizo real volviéndose a enrollar de esa guisa con su regimiento de siempre, el quinto de caballería. Fue una apuesta contra el escepticismo de unos espectadores burlones.

En su vaivén desde el teatro de mentira al de verdad, Cody fue más afortunado que aquel otro personaje del salvaje Oeste, el ditirámico Custer. Unos días después del desastre que inmortalizó al séptimo de caballería, el quinto de Cody sorprendió a una partida de sioux. Uno de ellos debió a ese encuentro casual su infausto ascenso a famoso jefe Yellow Hair o Yellow Hand, nombre variable según el periódico que informara y la mayor o menor exactitud del plagio. Otros detalles también diferían de una versión a otra: en unas, Cody y Yellow Hair o Hand, se enzarzaban en duelo singular de rifles y colts, desmontándose mutuamente a balazos; en otras, el duelo era a cuchillo y duraba varias horas. Todos los relatos, sin embargo, tenían un titular unánime: Primera Cabellera por Custer. Con ese reclamo de sangre y venganza, Cody bautizaba meses después la principal atracción del espectáculo que acababa de fundar. Cuando el espectáculo llegó a Nueva York, pude asistir a la reconstrucción fiel de la escena: Cody con el torso inclinado sobre el indio moribundo, el gesto ampuloso del cuchillo en su mano derecha y la izquierda que levanta el cruento despojo, arrancado desde su escondite entre el tocado de plumas del figurante. Aplausos y vítores.

Ahora yo cumplimentaba por segunda vez en mi vida al espectáculo y a su creador, Bufalo Bill. Su nombre y su contenido habían cambiado. Los Rudos Jinetes se habían puesto de moda a partir de las hazañas de Roosevelt en la guerra de Cuba y las guerras indias eran ya un residuo del pasado.

Sentado frente a él alabé la pasmosa puntería de Annie Oakley, la trepidante intensidad del asalto a la diligencia, la gracia de los pequeños caballos mogoles y el lánguido trote de los camellos árabes. No pasé por alto el desfile ordenado y exacto del Quinto Regimiento de Lanceros Reales Irlandeses, tan distinguido hacía poco frente a los derviches del Sudán. A todo asintió en silencio, complacido.

Para hacer más creíbles mis halagos, me lamenté por los bisontes de otro tiempo que ahora no había encontrado. Entonces habló.

—Es triste decirlo: no ha sido posible reemplazarlos. Cuando yo era joven, poblaban a millones la pradera. Ahora ni siquiera es posible capturar una docena.

Presintiendo que la conversación discurriría por derroteros transitados, añadí que el gobierno de su país ya había dictado leyes para acotar su caza. Dije las consabidas lamentaciones acerca de los indios y su modo de vida extinguido. Quedó pensativo. No como el hombre que no encuentra palabras, sino como el que tiene demasiadas.

—En la guerra, la aniquilación del enemigo es la regla. Para la celebración de la victoria, su presencia es inexcusable. En mi espectáculo, tan necesarios eran el hombre blanco como el indio. En contra de lo que muchos dicen para denigrarme, nadie puede representar lo que no ha vivido. Estos figurantes que han interpretado la muerte de mi amigo el coronel Custer, no son aquellos que usted vio la primera vez. Quizás ha llegado el momento de disolver la compañía.

—Toro Sentado murió hace tiempo —concedí accediendo a lo que suponía un ejercicio de nostalgia.

—Supe de su muerte a la vez que de los vergonzosos hechos que siguieron en Wounded Knee. Al humillar y maltratar a los que fueron nuestros enemigos, nos hemos deshonrado a nosotros mismos. Toro Sentado no hubiera hecho eso.

Su nombre lo presentaba tal como era: obstinado y solemne. Recordamos demasiado Little Big Horn, porque no caemos en cuenta de cuánto tuvo de afortunada la victoria de un impetuoso Caballo Loco sobre un Custer ebrio de certezas. En cambio, Toro Sentado era el hombre que había visto a los soldados azules caer a tierra como copos de nieve. Los otros dos fueron apenas instrumentos de su sueño. Al cabo, Caballo Loco fue derrotado, preso y finalmente ensartado en la bayoneta de un soldado impaciente, pero Toro Sentado esquivó durante años a un ejército herido en su orgullo. Fueron los cazadores de búfalos que había traído el ferrocarril los que acabaron rindiendo a su pueblo por el hambre.

Pensé prolongar sus palabras con algún comentario acerca de los inconvenientes del progreso, pero mi interlocutor no necesitaba tomar aliento.

—Es fácil para la arrogancia de un guerrero enfrentar el dilema de la derrota: morir o rendirse. Toro Sentado no podía permitirse ninguna respuesta sencilla. Poco antes de dejar este mundo, su padre le había encomendado: “mata búfalos y alimenta a tu pueblo”. Así había hecho Toro Sentado desde los trece años. Ahora ya no podía cazar búfalos, pero aún se debía a los suyos.

Sus pasos dubitativos lo llevaron a Fort Buford. El Major Brotherton asistió a una ceremonia singular, único derecho que se concedía al vencido. Frente a él, Toro Sentado cedía su rifle a su hijo de siete años para que el niño lo entregara con sus propias manos. Al Mayor le dijo: “Quiero que mi hijo aprenda a ser amigo del hombre blanco”. A su hijo le había dicho un rato antes: “Si tú entregas el rifle por mí, será como si yo no me hubiera rendido”. Creyó que así podría engañar a su destino.

El enemigo fue tan cauteloso en la victoria como desleal había sido siempre a los tratados. Toro Sentado fue confinado en Fort Randall con su gente. Todas las mañanas los soldados separaban a los hombres de las mujeres y los niños, y hacían recuento. Dos años duró esta ofensa al amanecer. Al tiempo lo trasladaron a la Reserva de Standing Rock.

Por entonces, mi espectáculo viajaba ya por las principales ciudades. Era quizás el mejor, pero en todo caso uno más entre otros parecidos. Annie Oakley hacía diana en el público con el encanto de su orfandad. La competencia tenía a Lilian Smith, algo más joven que ella y hartó más descarada. Mi propio personaje, Búfalo Bill, estaba cojo: Yellow Hair no era un antagonista a su medida. Y además, estaba muerto. Me propuse enrolar al último jefe de la nación sioux.

La Agencia India aprobaba mis gestiones: querían separar a Toro Sentado de los suyos cuanto fuera posible. Nada más llegar a la Reserva, el comisionado le había dado al viejo jefe una azada para que cavara

la tierra con sus propias manos, un ultimátum para que echara de casa a una de sus dos esposas y un papel para firmar que legalizaba el expolio de tierras. Cuando yo llegué, el ultimátum había vencido en vano, el papel seguía sin firmar y el comisionado meditaba qué hacer. Mi llegada no pudo ser más oportuna.

Mi oferta era tan sencilla como sus obligaciones: cincuenta dólares por semana, pagaderos los sábados, a cambio de mostrarse a caballo durante la función. Suyo sería todo lo que obtuviera por autógrafos y fotografías. No le diré que discutimos las condiciones. Conmigo, Toro Sentado volvería a revivir todos los días un momento de gloria en la vida de su tribu. Quedándose en la Reserva recordaría cada día las condiciones de su derrota. Añadiré que en el último momento le prometí una entrevista con el Presidente Cleveland. Eso le decidió: acaso pensó que de jefe a jefe sería más fácil explicarle por qué no iba a firmar ese papel.

Toro Sentado asistía todos los días a la recreación de Little Big Horn, impávido sobre su cabalgadura incluso cuando el público rompía en abucheos hacia él. Durante los cuatro meses que estuvo con nosotros, nos robó con su silencio el protagonismo a Annie Oakley y a mí. Nuestro circo no era ya uno más entre muchos: éramos el espectáculo por antonomasia. No me costó mucho conseguir la entrevista de Toro Sentado con el Presidente Cleveland: las dos partes nos beneficiamos del encuentro y de la foto que lo inmortalizó. Solo Toro Sentado volvió defraudado.

De lo que hablaron a solas, nada repitió. Es fácil suponer que sus lenguajes eran muy distintos: uno quería recuperar sus tierras, el otro solo quería robarle un poco de su fama. Quizás valga con lo que Toro Sentado me dijo al despedirse. La frase estaba referida a un plural indeterminado. “Algunos de los hombres que he conocido son vanos y alocados. Otros, simplemente malvados. Todos son lo mismo para mí. Ellos parlotean en mis oídos, su ruido ha sido para mí como el del agua que fluye sin cesar”.

Arreglé también un encuentro con el general que durante seis años lo había perseguido hasta el Canadá. Toro Sentado no quiso acudir. Cuando lo apreté para que me explicara, me habló de unas mujeres que habían danzado hasta agotar los días y las noches. Esposas y madres de los guerreros muertos en la guerra con el general Crook. Creían que danzando sin cesar la tierra accedería a devolverles a sus maridos. Toro Sentado no creía que los muertos pudieran regresar, pero ¿quién cuidaría de ellas?, ¿quién las alimentaría? No hablaría con Crook, no.

Una sola vez había dado rienda suelta a su rabia en voz alta. Fue delante de una concurrencia de políticos y hombres de negocios que celebraban la culminación del ferrocarril. “Sois ladrones y mentirosos. Nos habéis despojado de nuestras tierras y nos habéis convertido en mendigos errantes”. El intérprete vio mi gesto, omitió traducirlas. Toro Sentado lo hizo a su manera: “Raiders. Liars”. El público lo disculpó: era un salvaje que no sabía hablar bien el inglés.

Los ojos de un salvaje se fijan en cosas que a las personas educadas nos pasan desapercibidas. A Toro Sentado le gustaba caminar por la ciudad después de la función. Los niños le seguían, como han hecho siempre en todas partes. Eso le molestaba mucho menos que contemplar su miseria. Lo que ganaba en mi espectáculo lo repartía entre los niños hambrientos que vivían en la calle. No comprendía que un pueblo tan poderoso tuviera tantos pobres. De ahí extraía una impecable conclusión: era vano confiar en las promesas del hombre blanco. Si los que más tenían permitían el sufrimiento de los que menos tenían, ¿por qué habrían de preocuparse por el bienestar de los indios, que no eran su pueblo?

Le impresionó el vasto mar, los largos muelles y los vapores que surcan el océano. Le expliqué que había otro continente al otro lado del mar que rebosaba de gentes, de guerras, de riquezas y de miseria. Comprendió que aquella muchedumbre de hombres ansiosos que marchaban hacia el Oeste era inagotable, que no la habían llevado sólo las locomotoras de las praderas, sino también las que cruzaban el

mar. Acaso el mundo lo regía un demonio que empujaba a los hombres unos contra otros, y hacía infelices a todos. Si era así, el vapor era su aliento.

Toro Sentado volvió a Standing Rock cuatro meses después. Había ampliado sus conocimientos y perdido todas las esperanzas. Yo le regalé un caballo digno de un jefe y un saco de caramelos. Sé que añoró por siempre la sopa de ostras y el cariño de Annie Oakley, su hija adoptiva, a la que había nombrado Pequeña Tiro Fijo.

En las reservas, en todas las reservas desde Dakota hasta Nuevo Méjico, detrás de los soldados habían llegado los misioneros. Predicaban la agricultura y enseñaban el evangelio. Ambas semillas germinaban con dificultad. Las tierras eran ásperas y las azadas sólo servían para humillar a los cazadores con los recuerdos de la abundancia perdida. La Agencia India repartía raciones de alimentos todos los meses y vestidos una vez al año. No eran generosos, solo prudentes. El hambre, instrumento de rendición en el pasado, podía ahora ser acicate para la sublevación. Mientras tanto, el hombre blanco seguía presentando papeles para firmar que Toro Sentado rechazaba uno tras otro.

En algún lugar de las praderas, un indio que cuidaba de su pueblo escuchó la historia de un Redentor y soñó que venía para salvar a los indios, traer la paz con el hombre blanco y restaurar los rebaños perdidos. Como un Bautista, como todos los Bautistas, no era el hombre lo importante, sino el mensaje. Era el mensaje que todos querían oír. Poco después, de una reserva a otra, las llanuras eran recorridas por chamanes visionarios predicando la buena nueva. La tierra se encaminaba a un nuevo renacer. Brotaría una nueva hierba y nuevos árboles. Desaparecería el hombre blanco y su ferrocarril. Volverían los bisontes, los antílopes y los caballos salvajes. Los antepasados, tantos y tantos como habían muerto por las balas y el hambre, resucitarían y se unirían a la fiesta de todos, bailando.

Había que danzar. Todos unidos en una danza interminable. Una danza secreta, escondida de los ojos del hombre blanco. Por doquier, desde Arizona a Dakota, los indios danzaban invocando al Espíritu. El mundo renace. La nación renace. El águila ha traído el mensaje a la tribu. El Padre dice así. Toda la tierra renace. Los búfalos vienen. Los búfalos se levantan. El cuervo ha traído el mensaje a la tribu. El Padre lo dice. Escucha, Él dice, los búfalos vienen. Allí lejos, los búfalos se levantan, los búfalos caminan.

Tan fuerte era la visión de los indios que los colonos blancos también la vieron. Sintieron miedo. La Agencia India prohibió las danzas. El ejército se acantonó en las reservas, dispuesto a luchar contra los fantasmas.

Toro Sentado descreía que los muertos resucitaran, pero creía en la danza. Una vez, aquella vez, él había danzado durante tres días consecutivos, lacerando sus brazos con cien heridas. Al cabo de esa danza, vio caer a tierra los soldados azules como saltamontes, como copos de nieve. Caían sobre la tierra, muertos. Y aquella visión se hizo realidad poco después por la mano de Caballo Loco y sus guerreros. Si eso había ocurrido una vez, ¿por qué no ahora?

Toro Sentado se incorporó a la Danza Fantasma. Danzó con ellos. Se supo que Toro Sentado danzaba. Todos sabían cómo sus danzas pasadas habían dado gloria y alivio a la tribu en momentos difíciles. Los espías también lo dijeron: Toro Sentado ha vuelto a danzar, más y más indios están danzando.

Después de una tarde y una noche danzando, cayó exhausto. Entonces una alondra de las praderas se posó en un montículo a su espalda y le dijo: “Tu propio pueblo te matará”.

Aquella noche, un destacamento de policía india salió a buscar a Toro Sentado. En la madrugada, irrumpieron en su sueño y en el de su familia.

Toro Sentado dijo: “Iré con vosotros”. Pidió su mejor vestido. Pidió que ensillaran su mejor caballo, el que yo le había regalado. Ambos pormenores demoraron la salida hasta la primera luz del día. Los que habían danzado aquella noche acudieron con la primera luz del alba y rodearon la casa y al destacamento que la rodeaba. Esperaron.

Toro Sentado traspasó la puerta flanqueado por el Teniente Cabeza de Toro y el Sargento Cabeza Rapada. Cuarenta policías indios vestidos de azul abrían pasillo entre la multitud.

El destino le salió al encuentro a Toro Sentado por boca de su hijo. Aquél al que había entregado el rifle nueve años antes, lo apostrofó ahora. “Tú te llamas bravo. Tú has jurado que nunca te rendirías a un casaca azul, y tú ahora te entregas a unos indios con uniforme azul”.

Toro Sentado se detuvo, sobrecogido. Contempló la multitud que lo rodeaba: todos caminarían por el fuego si él lo pidiera. Todos esperaban su palabra para hacerlo ahora mismo. No pudo resistir su voluntad. Dio la orden, o la acató. En el tiroteo que siguió, una bala le atravesó la cabeza.

A las últimas palabras del Coronel Cody siguió un largo silencio que a mí me pareció obligado respetar. Entendí hasta qué punto aquel hombre añoraba el sol y el aire libre de las praderas. Él comprendía ahora que su circo no era menos ilusorio que la Danza Fantasma de los indios, pero sí mucho más abyecto.

Sueños en vía muerta

Los dos se sorprendieron al toparse con la vista. El hombre se sintió obligado a decir algo:

-Discúlpeme. Me ha llamado la atención ver que leía a Borges y... -vaciló bajo la mirada inquisitiva de ella-, bueno, se me hace rara esa edición -señaló el libro.

La mujer puso el dedo entre las páginas.

-Es una edición argentina -aseveró con calma-. ¿Le gusta Borges?

-Mucho. No es lectura de moda hoy día. Me sorprende encontrar una persona más joven que yo a la que también le guste. Aunque sospecho, por su acento, que usted ha viajado mucho. Quizás su interés por Borges sea profesional.

La mujer colocó el guardapáginas y dejó el libro a un lado, en el asiento.

-Soy devota de Borges. Estoy casada con la literatura por interés: soy profesora. Y nací en Argentina accidentalmente. ¿Y usted? ¿A qué se dedica?

-A nada. Podría decir que, como todo el mundo, me gustaría ser algo distinto de lo que soy. Aspiro al menos a que lo que digo se parezca a mí. Ahora soy viajero en un tren.

-¿Viaja usted mucho?

-He estado en Iguazú. Si fuera un personaje de Borges añadiría “no sé si esto es meritorio”.

La mujer sonrió, cómplice y complacida. El hombre prosiguió, alentado:

-También estuve en Godafoss, donde los antiguos vikingos ahogaron a sus dioses. ¿Recuerda usted esa miniatura escrita a cuatro manos, con Silvina Ocampo?

-Ajá, La muerte de Odín.

-La noche después de Godafoss volví a leerlo. Me faltó la nieve para convocar al viejo dios, los turistas solo vamos a Islandia en verano. A Odín tampoco le hubiera gustado aparecer en un viaje organizado. Esos autobuses buscando una parada para aliviar impacencias seniles no son los drakkars con los que soñaba Borges.

-Es usted muy chisposo. ¿Sabía que Borges nunca estuvo en Islandia? Lo he documentado.

-Sorprendente. Y usted, ¿ha estado?

La mujer asintió.

-¿Le gustaron las cataratas? Gullfoss, Skogafoss...

-Hay algo en ellas que desdice de aquellos páramos de hielo y lava.

El hombre reflexionó.

-Tiene usted razón. Hace algún tiempo me dio por ver cataratas. Niágara, Victoria, el Salto del Angel, todas han creado una naturaleza esplendorosa a su alrededor.

-Gran viajero -halagó ella.

-Un viajero tópico. Ni aquello fue viajar ni esto es un tren que merezca ese nombre.

-¿El AVE no es un tren? -preguntó ella arqueando las cejas.

-Demasiado rápido para llevarte a algún lado realmente diferente. Mire, yo nací en una pequeña capital de provincias. En los planos del ferrocarril mi ciudad era un mero punto de paso entre otros. Para los que vivíamos allí, sin embargo, los trenes llegaban por alguno de los andenes y luego salían marcha atrás, como si nuestra ciudad fuera el fin de todos los trayectos. Yo lo sentía así desde que era niño: uno se iba de la ciudad o volvía a ella. No me imaginaba otro viaje. Hoy día todo el mundo está de paso. No viajan: se mueven.

No era una estación vieja. Hoy lo sería. Tenía un vestíbulo espacioso a lo ancho, el despacho de billetes a un lado, la cantina al otro. Las paredes y el techo daban al viajero una lección de geografía provinciana: un mapa ilustrado con yuntas y arados, robustos pescadores con sus redes, campesinas fecundas con cántaros copiosos y cestos llenos de fruta. Los años volvieron anacrónica esta imaginería, hoy sustituida por mosaicos electrónicos donde se amalgama la información necesaria con la publicidad importuna.

El olor a carbonilla te alcanzaba antes de traspasar las puertas que daban paso a los andenes. Había cuatro. Sus titánicos topes prevenían al viajero de la fuerza colosal que allí se rendía. En los largos pasillos laterales se sucedían dependencias tan variopintas como útiles: la consigna, fiel al viajero; una comisaría para prevenir el desorden; el despacho del jefe de estación; unos aseos que avergonzaban desde lejos con su olor a orines con zotal; y el gran reloj de esfera blanca, guardián de las horas. Todo bajo una techumbre metálica, hija de la torre Eiffel y hermana de los puentes de hierro, que se abría por delante hacia el horizonte.

He oído que los recuerdos infantiles ajustan las dimensiones a su propia escala. De mi niñez solo alcanzo a distinguir un tren y un único vagón. Me lo represento de una anchura imposible, con dos filas de bancos de listones de madera y un pasillo en el centro. Recuerdo también las cestas de mimbre, las fiambreras con tortilla. La pareja de guardias civiles, tricornio charolado, capote verde y fusil largo de cerrojo, conduciendo a un preso de mirada negra. Usted estará pensando que repito todos los tópicos del cine sobre la época. Le aseguro que los míos son los originales.

Divagaré con una anécdota, si usted me lo permite. La contaba mi madre. El protagonista era su hermano menor y por ello el más querido. Durante la guerra, mi tío fue alistado a filas del ejército republicano. Al cabo de dos años, ya próximo el fin o la derrota, mi tío se presentó en casa sorpresivamente. Un buzo de milicias y un pañuelo rojo al cuello con las siglas FAI-CNT eran su disfraz. Había desertado. En una peripecia de muchos días, había huido del frente desde un lugar tan remoto como Porcuna, en Jaén. Aprovechaba las cuestas para subirse a los trenes. Se tiraba en marcha antes de entrar en las estaciones. Hoy no sería posible un viaje así: todo se mueve a velocidad vertiginosa y quien se baja es arrollado.

La geografía de nuestro mundo era dilatada. A los nueve años nos fotografiábamos sentados a una mesa con un libro abierto, un globo terráqueo a un lado y un mapamundi a la espalda. El mismo mapamundi que había en la escuela, pero cuyos vivos colores no podían representarse en aquella fotografía insípida, como todos nuestros libros. El cine, al que asistíamos dos o tres veces al año, prestaba imágenes a ese mundo de letras austeras.

¿Quién no ha tenido un amigo íntimo cuando ha llegado a la adolescencia? El mío se llamaba Jorge. Los dos destacábamos por alguna facultad. Él quería ser pintor. Yo quizás hubiera sido algo si hubiera seguido mis sueños.

El instituto fue la época en la que leíamos las vidas de los grandes hombres como un espejo de lo que queríamos que fueran las nuestras. Los dos anticipábamos juntos el futuro de cada uno. No nos cabía

duda de que tendríamos que salir de nuestra pequeña ciudad. Sentíamos que la capital, Madrid, acaso también París, eran el agua necesaria para el pez que había en nosotros.

Un día mi amigo cogió el tren. Fui con él a la estación. A cuatro manos le dimos el último empujón a su maleta y a sus sueños. Entre nubes de humo blanco y dos silbidos entusiastas, mi amigo empezó su viaje y yo volví a casa pletórico de ilusión, como si también viajara subido en ese tren.

Sus cartas llegaron durante meses a un ritmo regular. Me hablaba de la pensión, de lo difícil que era pasar el día con una sola comida, de cómo preservaba la ropa y el calzado en buen estado para no presentarse delante de sus contactos con aspecto de mendigo. Supe de sus primeros resultados, los que alentaban el futuro y los que lo decepcionaban. Mientras tanto, yo hacía tiempo para seguirle. Mis padres habían conseguido aliviarme el servicio militar -la causa o la excusa de que no pudiera acompañarle-, con un destino oficinesco en el Regimiento local. Al terminarlo, me esperaba un trabajo en el despacho de un amigo de mis padres, primer paso de un futuro que otros habían encauzado para mí. Pero yo seguía pensando en el viaje a Madrid.

Diariamente, en mi trayecto desde casa al cuartel, pasaba junto a la estación. Muchas veces entraba. Me acercaba a la taquilla, escrutaba el cuadrante con los horarios como si fuera a sacar billete ese mismo día. Mi tren salía a las 20:53, tenía prevista su llegada en Atocha a la mañana siguiente. Me paseaba por los andenes, me cruzaba con los mozos de estación, sus blusones oscuros, sus carretillas cargadas de maletas. Me fascinaban los zapadores ferroviarios, aquellos soldados de uniforme fabril, azul mahón, que a modo de emblema de armas lucían una locomotora dorada encima del bolsillo de la sahariana.

Espabilado por las penurias de mi amigo, cada semana detraía una pequeña cantidad de mi sueldo incipiente. Una caja cerrada con candado hacía de hucha. Así, durante meses. Mi amigo me apremiaba para que emplazara el viaje. A sus requerimientos respondía yo con prudentes cautelas. Me envolvía el sosegado alternar de las mañanas y las tardes. Empezaba el día en el despacho del amigo de mi padre, que pronto se convertiría en mi suegro. Después de comer acudía al casino, donde se me había admitido con todos los avales. Las cartas de mi amigo se me volvieron molestas, impertinentes. Demoré las contestaciones, las fui haciendo breves, formales. Dejé de apartar dinero para aquel viaje. Como quien evita encontrarse con un acreedor, rehuía pasar por delante de la estación. Para cuando él dejó de escribirme, mi matrimonio ya se había encarrilado. En algún momento de los preparativos de boda, abrí la hucha y gasté el dinero o lo ingresé en el banco. Mi mujer nunca supo que yo había querido escaparme de mi destino provinciano, ni que tuve sueños. Yo lo olvidé.

-¿Y su amigo?

-Nunca volvió, y si volvió, entiendo que no quisiera visitarme.

-¿Consiguí la fama?

-Su destino, creo, ha sido tan oscuro como el mio -cerró los ojos, evocándolo- Pero él, al menos, ha viajado.

El hombre abrió los ojos y miró a la mujer que, frente a él, leía un libro que acaso era de Borges.

“Fue entonces cuando la miré. Una línea de William Blake habla de muchachas de suave plata o de furioso oro, pero en Ulrica estaban el oro y la suavidad. Menos que su rostro me impresionó su aire de tranquilo misterio. Sonreía fácilmente y la sonrisa parecía alejarla.”

La mujer bajó el libro. El hombre retiró la vista apresurado, para no encontrarse con ella.

Renunciamos a todo, menos a la victoria

– ¿Quién mató a Durruti?

Miguel tiró la pregunta encima de la mesa a la vez que el paquete. Juan cogió un Ducados y, con teatralidad circunspecta, le dio fuego a la vez al cigarrillo y a la historia.

Fuera se había echado la niebla y la noche. Las calles del Pozo del Tío Raimundo estaban tan embarradas como en la mejor de las novelas de Gorki. Los cinco nos apretujábamos alrededor de aquella mesa cuadrada de uno y medio por uno y medio, en aquel banco cuyo respaldo corrido eran las tres paredes de la habitación. El aire estaba cargado de humo y el ventanuco empañado del vaho de nuestra respiración y de nuestros sueños de una Aurora Roja sobre Madrid.

– Algo sabes tú cuando preguntas... ¿Dónde estuviste anteayer?

Juan le había dejado el cuatro latas a Miguel y cuando lo recibió de vuelta, se sorprendió de la cifra del cuantakilómetros, suficiente para ir y volver a Alicante, Pamplona o Barcelona. Pero Juan sabía que Miguel no había ido a ninguno de esos sitios.

– En Huesca. Sí, estuve con Jesús Arnal, listillo -Miguel rió socarronamente- Y por lo que me dijo, me podía haber ahorrado el viaje porque las respuestas estaban aquí.

– Ese cura... Nunca entenderé por qué Durruti lo cogió como escribiente. Vale que le salvara la vida, pero de ahí a hacerlo su secretario... ¿Qué te ha contado el cura de Durruti?

– Que no fueron los moros, ni los comunistas, ni sus compañeros. Que se le disparó el naranjero al bajar del coche. Que tú hiciste indagaciones semanas después, y casi te pegan un tiro. Anda, cuenta, cómo fue que te metiste a detective. Que averiguaste y, sobre todo, por qué no has dicho nada en estos años.

Juan echó una calada:

– Fue su mujer quien me puso en marcha. Pero en realidad fui yo o fuimos todos.

Ninguno de vosotros estuvo en el entierro de Durruti en Barcelona. Caótico, grandioso. El féretro, la comitiva, se atascó entre las calles repletas de gente y no pudo llegar al cementerio antes del anochecer. Tuvieron que volverse y enterrarlo al día siguiente. Todo, por un hombre al que amortajaron con ropa prestada, porque en su maleta solo tenía una muda de ropa interior.

Eso ya lo sabéis, os lo he contado muchas veces. Y también la versión oficial de su muerte: que le habían disparado los moros desde una ventana del Clínico, cuando inspeccionaba el frente. Pero quién cree las versiones oficiales. La radio fascista decía que lo habían matado los comunistas. Los comunistas, que habían sido los propios milicianos de Durruti cuando trataba de contener su desbandada.

La guerra era así: muerte en el frente, insidias en la retaguardia.

La insidia no lo sería si no tuviera algo de verdad. Que los comunistas desviaban hacia sus unidades el armamento que llegaba, que trataban de asfixiar a las columnas anarquistas, eso era verdad. Que en la columna de Durruti no había grados ni disciplina militar, que combatían a su manera, con mucha fe pero bastante desorden, eso también era verdad. Y verdad que a veces la fe se resquebrajaba, como a veces se rompe también la disciplina más rigurosa.

El día que murió, sus milicianos llevaban treinta y seis horas combatiendo, sin comer. De mil setecientos que habían llegado a Madrid unos días antes, faltaban mil y quedaban setecientos. Luchaban piso por piso

en la Ciudad Universitaria contra moros y regulares. Durruti se peleaba con Miaja para que diera relevo a sus hombres, y con sus hombres para que aguantaran al enemigo.

Durruti hubiera podido morir así, con los brazos abiertos empujando a sus hombres de vuelta a la pelea. Pero tan inconcebible era que ellos dispararan contra él, como él contra ellos. En su credo, revolución y guerra eran inseparables.

Por eso, cuando a las pocas semanas de su muerte oímos que la radio ponía en su boca aquella frase, “*Renunciamos a todo menos a la victoria*”, y que la usaban para justificar justamente lo que él no quería, para instaurar los grados y la disciplina militar entre las columnas anarquistas, para aplazar la revolución sin fecha hasta ganar la guerra, todos sentimos ese desaliento de los niños cuando les mienten las personas en las que confían.

Me llegó recado de Emilienne, la mujer de Durruti. Seguía en Barcelona. Su hija tenía siete años y apenas había conocido a su padre, siempre escondido o encarcelado.

– Tú sabes que eso no lo pudo decir Durruti.

– Emilienne, tú lo conocías mejor que yo. Pero la guerra nos está cambiando a todos.

– ¿Sabes quién ha puesto esa frase en labios de Durruti?

– No.

– Un periodista soviético, Ilia Ehrenburg. Después la han repetido los demás. Hasta la *Sol*.

– Todo el mundo quiere apropiarse de Durruti.

– Mira.

Me enseñaba el chaquetón de Durruti, ése con el que sale en las fotografías. Tenía un agujero con un círculo quemado.

– ¿Pediste explicaciones?

– La Montseny me dijo que había sido un accidente, que se le disparó el naranjero al subir al coche.

– El naranjero no tiene seguro. Hay muchos accidentes por éso. ¿Te han dicho por qué lo callaron?

Omití que Durruti no lo utilizaba. Prefería la pistola. Pero saber eso, ¿para qué le servía a Emilienne?

– Me dijeron que no querían alentar la desconfianza entre nosotros. Ya sabes: traidores, quintacolumna. La creí. ¿Por qué no? Pero ahora, ver como trafican con sus palabras me hace sospechar. Quiero saber la verdad.

La verdad. Dicen que en una guerra es la primera víctima. Y me pedían que la rescatara sana y salva entre tantos muertos. Pero me lo pedían la mujer de Durruti, su hija, la clase obrera, todos los que se desangraban en las trincheras. Así que me puse en marcha.

Unos días después estaba en Madrid. Los *Amigos de Durruti* me proporcionaron salvoconducto como corresponsal de *Tierra y Libertad*.

Pospuse dejarme caer por el *Florida*. De los muchos fantasmas que allí se emborrachaban, sólo Ilia Ehrenburg me interesaba. Pero mi ajuste de cuentas personal con él podía aplazarlo.

Primero estuve con el cura. Él me dio los hilos de los que tirar. Le até diciéndole que mi presencia allí era secreto de confesión. Deberías haberle preguntado si lo respetó. Yo creo que no.

Localicé al doctor Santamaría. Un periodista con pistola y pañuelo de la FAI es persuasivo. ¿Obtuve la verdad? Algo muy parecido. Cuando le trajeron al herido, barruntó quién era y supo que los que lo traían mentían: la bala había sido disparada a menos de quince centímetros, no desde seiscientos metros. Eso se lo saqué fácil, me bastó con mencionar el chaquetón.

Si hubiera sido un miliciano cualquiera, si no lo hubieran traído envuelto en una explicación inverosímil, el doctor Santamaría hubiera operado en seguida. Pero su fallecimiento hubiera sido igual de probable, así que el doctor se cubrió, no quiso arriesgarse a ser el chivo expiatorio que encubriera un ajuste de cuentas. Consultó con sus colegas, tan intimidados como él por la escolta de Durruti, y acabaron llamando al doctor Bastos, que operaba en otro hospital. Los unos por los otros, nadie hizo nada por Durruti, salvo atiborrarle de morfina hasta que murió. ¡Qué casualidad, el mismo día y más o menos a la misma hora que el pistolero señorito en Alicante!

Me despedí asegurándole que Durruti estaba muerto y yo no pensaba publicar nada, pero que esperaba de él que, si alguna vez llegaba el momento, fuera leal a lo que sus ojos habían visto.

Para ver a Bonilla, uno de los escoltas que viajaba en el segundo coche, tuve que mostrarme entre los ambientes de la columna Durruti, que ahora no era tal, sino la División 26 del Ejército de la República. Ya no había milicianos, sino soldados.

Bonilla me confirmó que en el Packard no iban más que el chófer y, detrás, Durruti y su asistente, José Manzana. En el camino atajaron a unos milicianos que se volvían. Durruti bajó, habló con ellos, los encaminó de vuelta. No oyeron disparos. Al reanudar la marcha, el coche de los escoltas debía arrancar primero, porque guiaba. Pero el Packard de Durruti salió disparado, sin esperarles. Camino del hospital.

Durruti llevaba pistola sobaquera, Manzana un subfusil.

Ya sabía quién había disparado. Me faltaba el motivo.

Tenía que apresurarme. Bonilla no se iría de la lengua de motu proprio, pero yo llevaba tres días dejándome ver. Y de Jesús Arnal, no me fiaba.

Manzana era sargento de artillería. Se había pasado a las milicias durante el asalto a las Atarazanas, en medio del tiroteo. Durruti lo llevaba como consejero técnico. Confiaba en él. Pero cuatro meses es poco tiempo para conocer a un hombre.

Localicé al chófer. Lo tenía contra una pared, cuando me pusieron por detrás la bocacha de un naranjero. Era Manzana. Con las estrellas de coronel.

No estaría yo aquí contando esto si Manzana me hubiera disparado. Pero faltó poco. Antes de que lo hiciera, se oyeron voces de unos milicianos que pasaban. Creí reconocer una de ellas. Llamé en voz alta. A Manzana no le quedó más remedio que llevarme ante Ricardo, el jefe de la División. Después de unos días de encierro para intimidarme, me soltó y me dijo: “*Cuando acabe la guerra, se sabrá la verdad*”. Ni siquiera dijo “cuando ganemos la guerra”.

Sí, compañeros. En noviembre del 36 la revolución ya estaba derrotada. Y la guerra, perdida. Los dos años y medio que siguieron, luchamos como fieras acorraladas entre un enemigo cada vez más poderoso y la total falta de esperanza.

Volví a Barcelona. Me cité con Emilienne discretamente. No quise ser piadoso. Sólo dejé la duda de que a Manzana se le disparara el naranjero por accidente. Yo no la tengo.

Cuando terminé de contarle, me dijo que se volvía a Francia. Se produjo un largo silencio entre nosotros. Como si quisiera justificarse, ella continuó:

– ¿Sabes?, yo le llamaba por teléfono siempre que podía. El se ponía al aparato, hosco: “*¿Qué pasa?*”. Le quitaba tiempo, le ocupaba la mente, le ocupaba la línea telefónica que hacía falta para la columna, y hablar por teléfono con la mujer era un privilegio que no tenían los demás milicianos. Yo, después de colgar, lloraba.

«Uno que estaba con él durante una de esas llamadas, me contó que al terminar le dijo: “Mierda, José, mierda. La guerra nos convierte en chacales”.

«Sí, renuncio. Renuncio a haberle llamado y a haberle importunado. Sabía desde que lo conocí que él moriría así. Ya está, él ha muerto. Ahora tengo que cuidar de mi hija.

«Y además, la verdad es otra: a Durruti lo mató Durruti. Durruti murió porque no renunciaba a nada.

Al fondo, contra la pared

Allá al fondo hay mesa libre. ¿Te importa? No me gusta sentarme cerca de la puerta, ni dar la espalda al pasillo. Una rareza, lo sé. ¿Te sonríes? ¿Piensas que alguien que ha estado treinta años en la cárcel no puede haber quedado bien, que tiene que salir tocado? Pues sí. No sé. Me dan lo mismo los encasillamientos. Cada vida es única. No me siento lástima, ni un héroe. Tampoco un villano.

Pero de eso se trata, ¿no? Vas a alimentar esos tópicos, porque sin tópicos no podrás trazar un retrato de grupo de los viejos gudarís. Saldrá tu libro, precedido de un reportaje o un avance en algún periódico o en un suplemento semanal. ¿No se hace así el marketing? Se harán películas también. Mucho me temo que los que hemos vivido todo eso, nos veremos condenados a revivirlo una y otra vez. Manipulareis nuestros relatos para que os encajen a vosotros, sin duda. Y hasta conseguiréis que cambiemos nuestros recuerdos, que creamos haber vivido algo distinto de lo que fue.

No confío en ti. Especulas con una tendencia innata a la confidencia por parte de alguien como yo, que se ha comido el tarro en soledad durante muchos años. Creo que quieres sacarme lo que quieres oír, quieres que confirme lo que tú ya has pensado dar masticado a tus lectores.

Me gustaría estropear tu libro. Al menos, que no puedas citarme para escribirlo.

Café, sí. Solo. Gracias. ¿Sabes por qué me cogieron? Por una taza de café. Fue una ekintza en un bar. Al tipo lo teníamos enfilado desde hacía meses, años. Su coche ya había ardidado una madrugada. Una noche, un cóctel molotov había reventado en una llamarada contra el balcón de su casa. Pero el tipo no se iba del pueblo. Nos desafiaba.

Sabía moverse, era un txakurra. De los de txapela, pero txakurra. Fue difícil cazarlo. La única rutina que repetía era tomarse un café al comienzo de la mañana en el mismo bar. Un bar cutrecillo, de los que no invitan si vas por la calle. Una barra alargada, paralela al pasillo, y un pequeño rincón al fondo con dos o tres mesas de madera fijas al suelo y bancos corridos, adosados a la pared y forrados de un skai rojo mugriento.

Lo normal hubiera sido entrar dos con las pistolas ya amartilladas y tirotearlo antes de que levantara la vista. Pero él se sentaba siempre en la misma mesa, al fondo, con la espalda contra la pared, vigilando la puerta. Quizás le hubiera dado tiempo a sacar la pistola. No sabíamos. El pasillo era largo y estrecho, podía haber más o menos gente, obstáculos, imprevistos. Tuvimos que arriesgar. Lo hice yo solo. Le esperé en la barra. Le dejé entrar, sentarse, pedir su café, encenderse un pitillo. Di tiempo a que el bar se vaciara, a que solo quedaran otros dos clientes. Acabé mi café. Me aseguré de que la camarera dejaba mi taza en la fregadera. Entonces me di la vuelta con la pistola en la mano y disparé. Cuatro tiros, tres segundos.

Los jueces han cargado mi sumario con otras muertes. Ésta es la única de la que recuerdo el rostro. Una bomba detonada a distancia, un patrol verde volcando a cámara lenta no deja recuerdos. Un cuerpo que se desploma, la cabeza taladrada por un coágulo, es una película que te pasa una y otra vez delante de los ojos. En el cine evito ver escenas como ésa. Cuando un zapeo casual me coloca delante de una de ellas, me quedo atrapado. Me repele, pero no puedo sustraerme.

Al hacerlo, yo no sentía nada, ni aprensión, ni siquiera miedo. Era después, a salvo en mi escondite, cuando me temblaba todo el cuerpo. Ansiedad, excitación, pánico. Un júbilo desafortunado por haber salido indemne, por haber conseguido el objetivo.

Aquel día yo no sabía a quién ejecutaba. Me habían pasado su descripción, había visto fotos. Sabía su nombre, dónde vivía, que tenía esposa y dos niños pequeños, cómo era su coche, a qué hora salía de casa, qué solía hacer los días que trabajaba y los que no. Pero no sabía quién era. Después de hacerlo, su rostro se multiplicó por todas partes. Pantallas y periódicos fundían su imagen con la que yo recordaba resbalando desde la mesa al suelo, crispada, sorprendida, ensangrentada, muerta. Supe que años atrás él también había militado en ETA. Muchos años atrás. Lo leí en un periódico. No pedí explicaciones. Eran tiempos unánimes.

Alguien puso flores y velas junto a la puerta del bar. A la noche otras manos dejaron claro que solo nuestros muertos tenían derecho a la memoria. Hubo pleno municipal, tumultuario en personas y en argumentos sostenidos con los puños. Entonces vi a su hermana por primera vez. Como una gorgona: me fascinaba y me repelía al mismo tiempo. Era una mujer atractiva, pero en ella estaba también el rostro de su hermano. ¿No son eso, los rasgos de familia, como un mínimo común denominador, esa nariz, esos ojos, esa boca? La verdad es que ella era una mujer guapa. Si al menos su cara se hubiera deslustrado entre sollozos histéricos y gritos vulgares. Al contrario: entre tanto aspaviento a su alrededor, su gesto era intensamente sobrio. La oí en las entrevistas: sus palabras estaban afiladas por el dolor y la rabia. Yo tenía argumentos sobrados para rechazarlas: no me había metido en esto como un tonto. Más de una vez me encontré debatiendo a solas con ella, contra ella, en el espacio imaginario de mi mente. Yo lamentaba la muerte de su hermano. Pero él se había colocado frente a nosotros, contra nuestro pueblo, contra su destino. Y también pudo ocurrir que fuera yo el que cayera, en lugar de él. Estábamos en guerra, había ocurrido.

Durante años viví la doble vida del comando legal. Daba un palo y me escondía en la rutina diaria. En el trabajo, en el bar, en la herriko taberna, en el equipo de rugby donde jugaba, la gente a mi alrededor, conocidos, amigos, familiares, todos comentaban el suceso con admiración o con sorpresa. Ninguno se imaginaba que yo era la serpiente que había dado el hachazo.

Mientras tanto la mujer y los dos hijos de él siguieron allí en el pueblo. Años atrás hubieran perdido amigos y saludos por la calle, se hubieran marchado a la capital, a otro pueblo donde no los conocieran. Lo cierto es que se quedaron. Los tiempos estaban cambiando.

Ella... ella seguía apareciendo en público. Como una erinia de nuestros actos, allí donde había un funeral, una viuda, unos huérfanos, aparecía ella para reclamar la venganza por esa nueva muerte que era también la de su hermano. Nos desafiaba. Se convirtió en un nuevo objetivo para nosotros. Otros la vigilaron, la espionaron. Me pasaron los datos. Una mañana la esperé frente a su piso. Había un bar y una cristalera para ver toda la calle. La vi salir con sus hijos camino del colegio y un hombre detrás. Pero me pareció que no era yo el único que observaba. Contravigilancia, casi seguro. Desaconsejé la ekintza con alivio.

Me pillaron por la taza de café. La camarera no había fregado la taza. La rescataron del montón, la analizaron. Años después, alguien bastante listo encargó que se hicieran etilometrías fingidamente casuales a una lista de personas. Por qué tardaron tanto en pillarme, no lo sé. Bueno, si lo sé. El abogado ya me dijo, que tenían muestras más de saliva más desde tiempo antes, pero que la máquina del ADN no había funcionado bien. Y no por casualidad, supongo. Eran otros tiempos, teníamos gente que echaba un cable con disimulo. Esta vez no, esta vez el laboratorio me señaló. Me siguieron, me vigilaron y, cuando les pareció oportuno, me echaron el guante, a mí y a mis compañeros de talde. Empezó otra etapa de mi vida, la más larga o la más corta, según se mire.

Te preparas para la tortura, para el dolor, y con lo que tienes que lidiar realmente es con tu propio miedo, la desorientación, tus inseguridades. Te han dicho tantas cosas, que es peor cuando esperas a que suceda que lo que realmente acaba sucediendo. Cuando me tocó a mí, se pasaba más fácil por comisaría. Además,

se trataba de la Ertzantza, no de la Guardia Civil. Pero eso lo percibes después, cuando llegas a la cárcel. En comisaría el mundo se cierra a tu alrededor, como si hubieran bajado las persianas. De pronto dependes para todo de unos tipos que son tus enemigos. Para ir a mear, para que te dejen echar una calada a un cigarrillo, para que el malo no te aostie como ha prometido. Se te salen los zapatos porque te quitan los cordones y se te caen los pantalones porque no puedes llevar correa y porque en cinco días adelgazas una talla. No duermes o te cuesta dormir, pero cuando cierras los ojos te pegas horas de un tirón y no sueñas, de tan alerta que estás a lo que te pueda pasar.

No les hacía falta ser duros conmigo. Descubres de pronto que ellos te tienen trincado de mil maneras, con escuchas, huellas, vigilancias. Te lo ponen todo delante y tú solo tienes que mover la cabeza para decir que sí una y otra vez, y al final de todo firmar. Si hubieran sido otros tiempos... yo creo que si hubieran sido otros tiempos y caigo en manos de la Guardia Civil, igual no salgo vivo de allí. O salgo muy tocado. La gente que ha tenido una experiencia dura en comisaría o en un cuartel, no habla nunca de eso. Cuentan cosas sueltas, que si la bañera o una bolsa de plástico en la cabeza. Pero el quid de los interrogatorios no está en eso, en hacerte daño. ¿Tú sabes cómo te anestesian para operarte de la vista? Te meten una aguja por debajo del párpado que te hace sentir el dolor desde el ojo hasta la nuca. Si eso te lo hicieran en un interrogatorio, te derrumbarías. Yo al menos no lo aguantaría. Y sin embargo, se hace todos los días en los hospitales y la gente va de buen grado a que le hagan eso. No, en un interrogatorio lo que ellos pretenden es otra cosa: hacerte creer lo que no es, cambiar tu realidad. A uno le quieren convencer de que su compañero de talde ha cantado, o de que tienen detenida a su novia o a su hermana y que le van a hacer esto o aquello. Lo difícil no es aguantar el dolor, lo difícil es mantener la cabeza, saber quién eres, por qué estás ahí y qué tienes que hacer y decir cuando a tu alrededor parece que se ha derrumbado todo.

La cárcel, cuando por fin llegas, es una liberación. Aunque sea la cárcel. Estás con los tuyos. Los compañeros te aplauden, tú rebosas orgullo. Sabes que en tu pueblo ha sorprendido tu detención. Ahora todos saben que eres un gudari. Te has convertido en un referente, en un ejemplo para los demás. Llegan las visitas, las cartas de ánimo. Durante el primer año solo respiras una frase para todos los demás: “jo-ta-ke irabazi arte”.

Pero eso es el primer año. Luego llegan los juicios. A ella volví a verla en el juicio por la muerte de su hermano. Estaba entre el público. No me quitaba la vista de encima, ni siquiera cuando hablaba el fiscal o el abogado. Yo no pude evitar cruzar la mirada con ella: sentí la vergüenza del que ofende. Al poco, los tres que estábamos dentro de la pecera nos levantamos, aporreamos los cristales, desafiamos al tribunal, nos sacaron de la sala. No es lo que yo hubiera querido hacer delante de ella. Tampoco sé lo que le hubiera dicho entonces, si hubiera tenido ocasión. Pero no eso.

Durante los tres primeros años los juicios se suceden y las sentencias van sumando condenas imposibles de cumplir. No te preocupas: llegará la amnistía y barrerá con todo. Para los que acabábamos de llegar, la amnistía era una certeza. Para los que llevaban mucho tiempo, una esperanza.

Dentro de la cárcel los presos hacíamos piña, frente común, huelgas, plantes. El grupo se cementa con el odio, y el odio hay que cultivarlo con acciones, represalias y reacciones.

De los de fuera se espera un apoyo sin fisuras. Yo encontré pareja al poco de entrar en la cárcel, quién me lo iba a decir. Su nombre, Haitze, significa viento o susurro. Solía atender la barra de la herriko taberna en fiestas. Una vez la acompañé a su casa. Haitze apareció un día de visita acompañando a mi madre. Nada ocurre en este mundo de los presos y sus familias que no haya sido pensado, estudiado. Fue ella la que propuso, me pidió un vis a vis. No sé qué pude haber sido yo para ella. Quizás le bastaba con pasearse por el pueblo como la novia de un gudari. A mí, en todo caso, cada vez que se marchaba me dejaba una

melancolía infinita. ¿Por ella? Entonces pensaba que sí, incluso que estaba enamorado. En realidad era la tristeza del preso.

Un día me dijeron: tu madre ha muerto en una carretera de Soria cuando venía de visitarte. Otro día me trasladaron al pueblo para asistir al entierro de mi padre. Otro día me dijeron que Haitze había pasado la muga. Seguramente era necesario su aliento allí para la lucha. No me dijeron que también susurraba palabras de amor para otro hombre. Era lógico que lo hiciera. ¿Qué puede dar un preso?

En la cárcel la vida se congela, el tiempo no. Recurrentemente, caía en mis manos un artículo de ella, una entrevista con ella, la hermana. También en su cara aparecían surcos y el color de su pelo cambió del negro azabache a ese rojo caoba con el que las mujeres tapan las canas. Solo un rostro no envejecía: el de su hermano tiroteado, contorsionado, cayendo al suelo entre regueros de sangre.

La derrota llegó a paso lento. Compañeros que elegían abogados diferentes de los que señalaba la dirección. Compañeros que no secundaban las protestas, que no las consideraban “oportunas”. Los que, sin dar explicaciones, optaban por hacer su estancia en la cárcel lo más corta posible. Calculados traslados, que aislaban a los duros, protegían a los que se acomodaban, golpeaban al que ofrecía la consistencia quebradiza del cristal.

Entremedias, las treguas, las sucesivas treguas. Tanta esperanza se abría, tanta era la decepción cuando meses después se rompía la tregua. Las detenciones no cejaban, las ekintzas se espaciaban, cada vez menos contundentes. Llegó un momento en el que ya no había treguas que ofrecer, que la amnistía, certeza de antaño, pasó a ser una quimera.

Antes, los que cumplían su condena eran recibidos a la salida de la cárcel, acompañados en comitiva hasta su pueblo, celebrados con un aurreku, un nombre para una calle, un lugar de honor en las fiestas. Con la derrota, sólo venían a la puerta de la cárcel apenas unos pocos amigos y familiares. Cuando me tocó a mí, treinta años cumplidos, le dije al abogado que mintiera sobre la fecha de mi salida, no sea que alguno se acordara de mí. Volví al pueblo solo, un largo viaje, llenándome los ojos de calle.

¿Sabes lo primero que hace un preso? Caminar sin límites, caminar hasta quedar exhausto sin necesidad de dar media vuelta cada cincuenta pasos delante de una pared. Caminé tanto, que era de esperar que ocurriera: vivimos en el mismo pueblo. Yo seguía atrapado en mi rutina compulsiva de paseos. Nos sorprendimos los dos, tan cerca. Ella iba del brazo de un hombre. Lo soltó, dio dos pasos hacia mí, lentos. Era una anciana. Una anciana no mucho mayor que yo. Me llamó “Asesino” con una voz tan baja que nadie más lo oyó.

Me sentí herido, dolido, rechazado. Furioso. Y al mismo tiempo, no la eludí. No me di la vuelta. Tampoco la enfrenté desafiante. Me quedé ante ella, con la cabeza agachada, un poco de lado. Dije “lo siento”. No sé si me oyó. Ya se había marchado.

Sigo paseando para encontrarla. La veo venir de lejos. Entonces me aparto, cambio mi camino. Sé que mi presencia le resulta odiosa. Quisiera hablar con ella, explicarle, pedirle perdón. ¿Pero cómo se le pide perdón a quién no te va a perdonar? Entonces me enfado con ella porque no me perdona.

He averiguado su dirección. Le escribo una carta, una sola carta que repaso una y otra vez, pero que no he llegado nunca a enviar.

Le digo que no soy un monstruo. Que un individuo normal, corriente, puede empuñar una pistola y matar. Le hablo del que tira una bengala en el graderío sur. Eso nunca se hace solo. Se va en grupo, en cuadrilla, animado, jaleado. Las pistolas las empuñan unos pocos. Los más decididos, ¿son más culpables que los que jalean, aplauden, calientan el partido?

Por qué, cómo se llegó a eso, todos sabemos cómo ha sido. Un poeta escribió un verso, un verso que hablaba de piedras y de pueblo y que ha sido como una losa para este pueblo. Harri eta herri. “Defenderé la casa de mi padre”. Yo nací aquí, en este pueblo. Abracé la causa, canté los versos. Era joven.

Han pasado muchos años desde entonces. Mi vida entera. Y ahora me siento aquí, al fondo, la espalda contra la pared. Le escribo la carta de nuevo y sé que no se la puedo enviar. No hay en mi carta ninguna razón para que me perdone.

La pluma blanca

El coronel había servido en la India y en Egipto. Había luchado en el Sudán contra el Majdi y en el Transvaal contra los bóers. Ahora vivía retirado en el campo, cuidando de sus perros y de sus caballos como un trasunto de Jenofonte descansando en su finca de Escilunte después de su larga retirada. Le gustaba la literatura clásica de los que forjaron imperios, y también, de los tiempos modernos, le gustaba Kipling.

*Si puedes mantener en su lugar tu cabeza cuando todos a tu alrededor,
han perdido la suya y te culpan de ello...*

Cuando su hijo partió a la guerra, no fue tan estúpidamente sensiblero como para recitárselos en la despedida. Se había prometido también que no correría para abrir sus cartas cuando llegaran, ni sería de esos viejos que en cualquier momento sacan en la conversación el nombre de su hijo ausente. Y mientras tanto, mientras esperaba cartas y noticias, iba pasando de un “If” a otro.

*Si crees en ti mismo cuando todo el mundo duda de ti,
pero también dejas lugar a sus dudas.
Si puedes conocer al triunfo y la derrota,
y tratar de la misma manera a esos dos impostores.*

Y cuando llegaba a aquello de

*Todo lo de esta tierra será tuyo,
y lo que es más: serás Hombre, hijo mío.*

el viejo se emocionaba, aunque sin caer nunca en ninguna inconveniente incontinencia que pudiera advertir su mujer o la servidumbre.

Eso fue antes. Ahora el viejo llegaba a St. Pancras, la estación de ferrocarril donde había tenido la despedida muchos meses atrás, con un triste recado: poner orden en las cosas de su hijo, caído en el frente. Se había trazado ya la ruta de oficinas, abogados y amigos que visitar, y esperaba que cuando ellos le dieran sus condolencias, él sería capaz de responder con la misma impasibilidad que Jenofonte cuando recibió la noticia de la muerte de Grilo: yo ya sabía que mi hijo era mortal.

El viejo se apeó del tren y echó a caminar entre la multitud, ya convertido en el coronel que era, con la espalda derecha, mirando por encima de las cabezas de la gente. Y la gente se apartaba a su paso porque, aunque no lo conocieran, veían en él a un hombre de los que habían forjado el imperio.

...

Gerald caminaba sin rumbo cerca de St. Pancras. Gerald era un joven con ambiciones literarias. Había nacido en Malta, y vivido en Sudáfrica, Inglaterra, Irlanda y la India. Se había educado en un estricto internado inglés, donde aprendió a protegerse del mundo en su castillo interior. Cuando estalló la guerra, se había alistado en seguida, no porque le impulsara la ola de patriotismo, como a tantos jóvenes, sino porque era difícil resistirse a ella y realmente no había encontrado motivos para hacerlo.

En realidad, él, desde la adolescencia, habitaba en moradas inaccesibles para los demás. Su pasión era vagar, recorrer el mundo, y unos años antes, cuando las naciones aún estaban en paz y él no había cumplido los

dieciocho, se había marchado de casa para recorrer a pie los campos de Europa hasta el lejano Danubio, el río de la historia. La guerra no le entusiasmaba ni le asustaba: solo le producía curiosidad.

Quizás para complacer ese instinto errante, su primer destino militar había sido como enlace en bicicleta entre el mando y las trincheras. Allí lo vio todo, y vio lo mismo que todos.

No esperaba que la guerra fuera así. Horacio, Virgilio y Homero no habían descrito paisajes donde los árboles, desgarrados por la metralla, no tenían ni hojas ni ramas en lo más frondoso del verano; donde los animales domésticos eran esqueletos todavía atados al ronzal y a la cadena; donde la niebla a veces tenía el color de la ictericia, el sabor del ajo y la cebolla y el tacto de las ortigas; donde los campos son arados una y otra vez por la reja de los obuses para su cosecha de muerte; donde el auténtico ejército invasor son las ratas comedoras de cadáveres. Un paisaje sombrío y fabuloso que helaba la sangre si uno se abstraía en contemplarlo.

Y lo que es peor, y contradecía todo cuanto había leído: la gente moría o sobrevivía sin que su destino tuviera que ver con la cualidad moral de sus actos.

La bomba que lo hirió pudo haber explotado más cerca o más lejos, o un poco antes o después; los enfermeros galeses pasaban por allí, pero podrían haberlo hecho más tarde o nunca; el furgón con cuatro pisos de camillas tenía un hueco libre en lo más alto, allí donde no llegaba la sangre que escurría de arriba a abajo; el médico todavía no había llegado al límite de su cansancio; tampoco se habían acabado las gasas o los desinfectantes; la gangrena estaba demasiado ocupada en las camas de al lado. Todo era cuestión de suerte, nada dependía del mérito o de tu voluntad.

Ahora estaba en Londres, con el permiso imprescindible para que sus piernas aprendieran de nuevo a caminar. Había escrito a su familia, en Irlanda, pero no deseaba verlos. En realidad, no deseaba ver nada de lo que se supone que quiere ver un soldado de permiso. Desde que había vuelto a Inglaterra, veía con asombro aquel patriotismo retórico que invadía los periódicos y las calles, y meditaba acerca de su propio carácter, que lo hacía un extraño para el mundo.

Al salir del andén en St. Pancras, vio un grupo de chicas y se encaminó hacia ellas. Tenía veinte años y, técnicamente, podía decirse que había conocido mujer. Pocos días atrás, la cerillera de un café había accedido a subir a su cuarto. Un encuentro breve, que le había dejado más desazón que otra cosa. Como todo lo que le ocurría desde que había vuelto del frente, no sabía qué fallaba, si él, la chica, el mundo o la guerra. Pero se había prometido que de ahora en adelante no dejaría que ninguna mujer se compadeciera de su accidental condición de soldado.

Ellas lo vieron acercarse y se miraron con picardía, como si aquél fuera el muchacho que esperaba cada una.

– Buenos días, gentiles damas -saludó intentando ser a la vez educado y chistoso.

– Buenos días -dijo la morena.

– Hola -dijo la rubia.

– ¿Cómo es que un mozo como tú no viste de caqui? -dijo la del pelo castaño.

Solo entonces vio lo que la rubia tenía en su mano. Otra casualidad que le salía al paso. Había oído hablar de la Orden de la Pluma Blanca, pero no esperaba toparse con ella.

– Toma -la rubia le ofrecía la pluma con una sonrisa-, y piensa que si nosotras estamos solas ahora, es porque nuestros novios están luchando por nosotras y por nuestro país.

Gerald cogió la pluma. La sostuvo con énfasis delante de él, igual que había visto hacer a Hamlet con el cráneo de Yorick en una representación del colegio. Y empezó a reír, recordando su propósito de evitar la compasión femenina.

– ¿Y por esta pluma queréis que un hombre vaya de buen grado al matadero?

– ¿Acaso eres un cobarde? -se encendió la morena.

– No lo soy más que cualquier otro hombre. Y tú, ¿quién eres para decirle a nadie que debe morir? ¿Qué me prometes a cambio de ir a la guerra? ¿Te acostarás conmigo? ¿Me cubrirás de besos para que luego no sienta el frío, la humedad, el barro, la sangre, el fuego, el hambre, los piojos, el miedo? Si vuestro amor o aun siquiera vuestra sonrisa debe pagarse a tan alto precio, no por ello deja de ser algo con precio que se puede comprar, y no sois más dignas que la más laboriosa de las meretrices.

...

El coronel caminaba entre la multitud cuando vio a tres chicas que ofrecían la pluma blanca a un tipo. Un joven de la edad de su hijo, sano, fuerte. Se acercó a ellas lo suficiente para ver, para oír. El tipo se reía con descaro, pavoneándose de la pluma blanca que le habían dado, burlándose. De ellas. Del país. De los soldados. De su hijo.

El coronel levantó su bastón, perdió la cabeza.

...

Años después, Gerald abandonó su país por otro en el que no tenía que representar la ficción de que pertenecía al lugar en el que vivía. Era un extranjero en España, pero aquel “Don Gerardo”, como le llamaban en Yegen, le parecía lo más entrañable que había escuchado nunca. Muy a menudo entretenía sus siestas y sus noches con alguna joven del pueblo, y probaba con ella los efectos vigorizantes de la cantárida, tan extrañamente parecida al gas mostaza, si aumentabas la dosis imprudentemente. Era, en todos los sentidos, un hombre experto en el amor, que disfrutaba y hacía gozar a su compañera. Pero cuando se dormía y se daba la vuelta, Gerald se sentía solo.

De la guerra, Gerald procuraba no recordar muchas cosas. En eso, era igual que todos los supervivientes. En cambio se acordaba mucho de aquel estrambótico suceso, cuando le entregaron la pluma blanca de la cobardía en la estación de St. Pancras. Extrañamente, no podía evocar el dolor de los bastonazos, como no conseguía nunca revivir las sensaciones lacerantes de la metralla en la pierna y la espalda. Pero recordaba bien la confusión que siguió, la presencia de la policía, y cómo, al atestiguar su condición de combatiente y convaleciente de heridas de guerra, pasó súbitamente de acusado a víctima. Recordaba las lágrimas del coronel mientras le pedía disculpas, avergonzado por lo que había hecho. Se dejó abrazar, dejó que aquel viejo llorara en su hombro por el hijo que acababa de perder.

Y al recordarlo, se le venía a la mente siempre el final de la Ilíada, aquel momento en el que Aquiles y Príamo lloran juntos, uno por el hijo que había perdido y otro por el padre ausente al que no volvería a ver. Sólo que él no quiso sentirse hijo de aquel hombre. En su castillo interior no moraba ningún padre. Se había dejado envolver en las lágrimas de aquel hombre extraño a él con la misma indiferencia y distancia con la que los supervivientes de la guerra recibieron después las medallas, los homenajes y las conmemoraciones sucesivas de cada año. Nada de lo que había ocurrido en las trincheras podía ser compartido por quienes no habían estado en ellas.

Y el coronel, años después, recordando a su hijo y aquel vergonzoso incidente en la estación de St. Pancras. pensaba que Diógenes Laercio no había dicho toda la verdad, puesto que había omitido contar cómo había recibido Jenofonte de vuelta a su otro hijo, al que sobrevivió a la batalla, Diodoro. ¿Se alegró de verlo

vivo o le recriminó haber sobrevivido a su hermano? Y pensaba, recitando su poesía favorita, que se puede asistir impasible a la victoria y a la derrota, pero que la muerte de un hijo es otra cosa.